

IN-CERTIDUMBRE, de Eva Ibáñez Navarro

Vivía de manera intermitente sometido a los designios del lector de turno y pasando grandes intervalos en completa oscuridad. Entonces, perdía la noción del tiempo y el espacio. Fuera de la realidad, el vacío se apoderaba de él. Quedaba pendiente de un hilo, y su historia se mantenía en un limbo incompleto. Lo llamaban la amnesia del personaje, una cruel medida adoptada por los escritores para evitar al lector cualquier avance imprevisto de la trama. Así pues, no sólo estaba condenado a olvidar y repetir su historia una y otra vez sino que tampoco se le permitía recordarla en los intervalos entre lectura y lectura.

Tuvo incontables lectores, era capaz de recordarlos a todos. Algunos lo leyeron de forma simultánea, obligándole a avanzar y retroceder en la trama; los había que se saltaban capítulos y otros, los más ansiosos, ojeaban las últimas páginas antes de tiempo. La peor agonía era el abandono, el rechazo indefinido de un lector indiferente. Había pasado largos periodos de soledad sobre una desvencijada estantería, apilado junto a otros en cajas de cartón u olvidado en alguna mesilla.

Su más reciente lector se le antojaba joven, de mente impresionable pero ávida de conocimiento. Al principio lo había tratado con desdén, ojeó su contraportada y lo hizo a un lado. Allí estuvo un tiempo, sobre el escritorio. De vez en cuando lo miraba de reojo, el ejemplar lo notaba. Pero no fue hasta varias semanas después que reunió los arrestos para encaramarse a él, tomarlo entre sus manos e iniciar su lectura. Desde entonces eran inseparables.

Ese día notaba el vaivén, el golpeteo de algunos objetos a su alrededor. Lo que intuyó ser una botella de agua enfriaba su lomo, descansaba su peso sobre lo que parecía una sudadera algo ajada y tal vez una carpeta ejercía presión contra su portada. Escuchaba murmullos, ajeteo y el sonido de una voz enlatada anunciando las paradas. Era capaz de reconocer la línea de metro. El lector se revolvía en su asiento buscando una posición cómoda mientras el ejemplar anhelaba que abriera la mochila y rebuscara en su interior para

sentirse liviano entre sus dedos y poder abandonar el ambiente cargado de aquella cárcel de cuero y tela.

A pesar de su amnesia forzosa, el libro intuía que el relato llegaba a su fin. No era raro que tras revivir entre tantas manos hubiera desarrollado una relación entre la rápida avidez con la que el lector devora sus páginas y la inminencia del desenlace de su historia. Él, el personaje principal de aquella novela -¿o tal vez se trataba del propio libro?- , sentía la rabiosa necesidad de conocer su destino, aunque al alcanzarlo quedara suspendido en otro eterno intermedio de incertidumbre. Era un justo precio por ese instante de lucidez en que podía apreciar la obra completa, y confiaba en el día en que otros ojos vagaran entre sus letras. Echaría de menos al joven lector cuando todo aquello acabara, cómo lo depositaba sobre su regazo a veces, o la conexión que compartían. Sin duda le faltaría... Habían forjado un vínculo irrompible. De alguna manera, ahora se pertenecían.